

F1226

Z3

V. 13



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156073

Imprenta de Henrich y Compañía, en comandita.—Barcelona.

# HISTORIA DE MÉJICO

## CAPÍTULO PRIMERO

Desercion en el ejército de Santa-Anna.—Relajacion en la disciplina.—Sitio de Puebla puesto por el general mejicano Rea.—Se reúne á él Santa-Anna.—Intima éste rendicion á la guarnicion norte-americana.—Levanta el sitio Santa-Anna.—Accion de Huamantla.—Bizarro comportamiento del capitan mejicano D. Eulalio Villaseñor.—Nombra el presidente interino D. Manuel Peña y Peña, ministro de Relaciones á D. Luis de la Rosa.—Circular que pasa á los gobernadores de los Estados.—Se quita el mando del ejército á Santa-Anna.—Manifiesto de Santa-Anna al ejército al entregar el mando.—Marcha á Querétaro el presidente provisional D. Manuel de la Peña y Peña.—Manifiesto que da á la nacion.—Guerra de la raza india contra la blanca en Yucatan y la Huasteca.—Hechos de discordia en Mazatlan.—Inseguridad y robos en la capital durante la permanencia en ella del ejército norte-americano.—Bailes poco edificantes de la oficialidad del ejército invasor dados en el edificio llamado la «Bella Union».—Castigo de azotes aplicado al pueblo.—Penas crueles impuestas por el ejército norte-americano á los desertores.—Respeto que las tropas norte-americanas guardaban con los actos religiosos de los católicos.—A los desertores marcaban los norte-americanos el carrillo con una *D* hecha con un hierro candente.—Los sentenciados á muerte por igual delito eran ahorcados con un lazo corredizo colocado al cuello.—Variadas disposiciones de Scott.—Atacan los norte-americanos varias veces á Tabasco y son

rechazados en todas.—Jefes de guerrillas.—El guerrillero Jarauta y el padre Martinez.—Actos reprobables cometidos por los jefes norte-americanos de partidas volantes.—Toma del puerto de Mazatlan por los norte-americanos.—Nuevo periódico monarquista intitulado *La Prensa*.—El general Paredes entra ocultamente al país y ofrece sus servicios al Gobierno.—Santa-Anna trata de volver al poder y reclama la presidencia.—Es elegido presidente el general D. Pedro Maria Anaya.—Contestacion del Gobierno á la nota de Santa-Anna.—Proyecto de ley del diputado Zubieta para que cada Estado obra-se por si mismo de la manera que le pareciese.—Es combatido y desechado el proyecto.—Protesta del Gobierno sobre un decreto dado por la autoridad norte-americana en Méjico respecto á los bienes del clero.—Nuevo Ayuntamiento nombrado por Scott de individuos de los mas exaltados del partido llamado puro y anteriormente yorkino.—Conducta antipatriótica del nuevo Ayuntamiento.—Digno comportamiento del Ayuntamiento anterior á él.—Logra el señor arzobispo de Méjico que Scott saque de las prisiones á los prisioneros mejicanos y les deje en libertad.—El general Scott impone á cada uno de los Estados una contribucion.—Cantidad que asignó á cada uno.

1847.

1847. Desde el momento que las tropas mejicanas salieron de la capital, empezó una notable desercion en ellas. Gente colectada por medio de la leva, la mayor parte indios con familia, aprovechaba aquella coyuntura en que no podia haber vigilancia, para volver á sus casas. La desercion aumentó considerablemente cuando antes de que el ejército saliese de la villa de Guadalupe, determinó Santa-Anna que se retirasen los jefes y oficiales que á bien lo tuvieran, y que solo siguiesen á las fuerzas los que voluntariamente quisieran. Esta medida dió ánimo hasta á los soldados mas tímidos para abandonar sus filas, las cuales disminuyeron considerablemente. Emprendida la marcha hácia Querétaro por una parte de las tropas, la desercion empezó á ser cada vez mayor, y acosados por

la necesidad los soldados y relajada la disciplina, muchos procuraban quedarse detrás del ejército, como rezagados, para procurarse en las tiendas de las cortas poblaciones y en las haciendas, cuanto veian, sin que pagasen lo que tomaban. «El general D. José Joaquin Herrera», dice un escritor mejicano en los *Apuntes para la historia de la guerra entre Méjico y los Estados Unidos*, «trataba con incesante afan de evitar que aquellos graves desórdenes se hicieran extensivos á las tropas que mandaba, las que conservaban todavía alguna disciplina. Valíase del prestigio de su nombre, y de cuantos medios le sugeria la prudencia, para hacerse de recursos, y ser menos oneroso á las poblaciones del tránsito. Pedia comestibles en las haciendas: los dueños y administradores los franqueaban, pocos de buena voluntad y generosamente; los mas solo por obviar mayores daños. Esta misma conducta observaban los que temian que los soldados se echasen sobre sus ganados, tiendas, trojes ó eras, dando así, á virtud de la necesidad, lo que podremos llamar donativos forzozos, porque, con muy cortas excepciones, lo que proporcionaban en auxilio de la division, era de mala gana, renegando, y sin mas mira que la de libertarse de mas costosas exigencias. En Tula se tomó por la fuerza toda la existencia de tabacos, la que se repartió á la tropa por via de socorro. De aquí resultó un despilfarro completo, en razon de que los soldados vendian lo que les habia tocado en la tercera ó cuarta parte de su valor. En la Goleta, entre otros acontecimientos desagradables, ocurrió el lastimoso de un pobre pollero, á quien mataron por quitarle unos pollos. De la Goleta á Arroyozarco, de Arroyozarco á San

Juan del Rio, de San Juan del Rio á Querétaro, los desmanes de los dispersos y desertados continuaron, los excesos se repitieron, las faltas se multiplicaron; pero como todo esto no era mas que la prosecucion de lo que hemos procurado describir, no entraremos en nuevos pormenores, contentándonos con manifestar, que esta funesta marcha dió lugar á todos los deslices que eran de esperarse de unos hombres hambrientos, maltratados, agobiados de trabajos, y que habian perdido ya, al abandonar sus banderas, el freno de la disciplina, única cosa que hubiera podido restablecer el órden. Por fin los restos de la division, que tambien habia incurrido en algunas faltas, llegaron á Querétaro, término de su camino.»

1847. Estas muestras mismas de insubordinacion y de desórden se notaron en la fuerza con que se dirigió Santa-Anna hácia el rumbo de Puebla, saliendo de la villa de Guadalupe el dia 16. Antes de llegar á Teotihuacan, donde pernoctó, la division habia perdido una gran parte de su número por la desercion. Con el fin de que ésta no aumentase, se pasó todo el dia 17 en el mismo Teotihuacan, esperando á las partidas de rezagados que aun no llegaban, y el 18 se continuó la marcha, que fué de nueve leguas, en medio de las mayores privaciones y escaseces, marchando las brigadas al mando de los generales Andrade y Quijano. El cuartel general llegó á San Lorenzo. El 19, despues de una jornada de diez leguas, descansaron las brigadas en la hacienda de Guadalupe, donde hubo un caso de insubordinacion que pudo ser de funestas consecuencias. El hecho fué el siguiente. Un sargento del escuadron de Veracruz, exaspe-

rado por las penalidades, trabajos y miserias que el ejército sufría, excitó á la rebelion y á desertarse en masa y con armas y caballos, á todos sus compañeros. Al dar el grito de desobediencia, disparó su carabina en medio de la multitud, y continuó excitando al escuadron á que se rebelase. Por fortuna, el regimiento de Húsares se lanzó sobre el sargento, y poniéndole preso, logró que ninguno secundase su grito. Santa-Anna dispuso que al dia siguiente, al llegar á Tlaxcala, fuese fusilado. Con efecto, el 20, á los pocos momentos de estar las tropas en este punto, se formó el cuadro para que se verificase la ejecucion de justicia; pero habiendo intercedido por el sargento el general Quijano y otros jefes de influencia, Santa-Anna le perdonó, autorizando á los revoltosos, con aquel rasgo de humanidad, á que continuasen en sus desórdenes.

Desde el 20 hasta el 23 de Setiembre permanecieron las tropas en los pueblos de Chautempan y en Tlaxcala, y el 24 siguieron su marcha, llegando á la fábrica de Antuñana, casi á las goteras de Puebla. El objeto de Santa-Anna era ver si lograba apoderarse de esta importante ciudad, cuya guarnicion norte-americana, combatida por el general mejicano D. Joaquin Rea, ocupaba el barrio de San José, dentro de la poblacion, y los cerros de Guadalupe y Loreto que la dominan completamente. La empresa no le parecia difícil, y esperaba, si conseguia realizarla, privar al general Scott de todos los recursos, interponiéndose de esta manera entre Veracruz y Méjico. La guarnicion norte-americana que al mando del coronel Childs defendia la plaza, solo ascendia á quinientos hom-

bres, y aunque provistos de buenas armas, abundantes municiones y de gruesa artillería, no era posible que, si carecia de víveres, no se rindiese al verse cercada de fuerzas muy superiores. Las noticias que tenia Santa-Anna respecto de la crítica situacion en que se encontraba la guarnicion norte-americana por las tropas del general D. Joaquin Rea, eran abultadas, y se lisonjeaba de poder hacerla rendir las armas en muy breve tiempo.

1847. En la mañana del mismo dia 24 en que Santa-Anna llegó á la fábrica de Antuñana, el general Rea declaró, por medio de un documento que hizo fijar en las esquinas de las calles que él ocupaba, «que estando ocupada la ciudad por los invasores, quedaba desde luego reducida á un riguroso estado de sitio, y sujeta, por consiguiente, á todas sus consecuencias». En los varios artículos que contenia la declaracion de sitio, mandaba que «todos los vecinos inmediatos á la plazuela de San José y los residentes en ésta, así como todos los demás que viviesen cerca del enemigo, se retiraran inmediatamente, por lo menos cuatro cuadras en circunferencia de las fuerzas norte-americanas; que el individuo ó individuos que no cumpliesen con esa disposicion se considerarían traidores y serian tratados como á tales; que desde aquella fecha tendria tambien pena de la vida, cualquiera persona, fuese de la clase, origen y condicion que fuera, que directa ó indirectamente protegiese ó auxiliase á los enemigos, ó que con algun pretéxto tuviese con ellos la menor comunicacion; que las autoridades políticas y judiciales, ejercerian sus atribuciones en todo lo económico de sus ramos y la administracion de justicia conforme á las leyes; mas que en

lo relativo á las operaciones de la guerra, con el fin de conservar la nacionalidad é independencia de la república, se sujetarian en todo á las disposiciones militares: que el que dentro del tercero dia no hubiese alejado tres leguas en circunferencia de la ciudad de Puebla sus ganados, y todo aquello que de alguna manera influyese á fomentar y mantener los recursos del enemigo, serian secuestrados y confiscados formalmente, y en caso de reincidencia, castigados severamente; y que siendo obligacion de todo ciudadano tomar las armas, luego que oyese el toque de rebato, que se anunciaria con la campana mayor de la matriz, se presentasen á auxiliar de la manera que pudiesen á las fuerzas que debian atacar al enemigo, siendo la reunion en los parajes mas necesarios.

Pocas horas despues de haber declarado la ciudad en estado de sitio, entró en ella, á la cabeza de mil quinientos dragones y cuatro cañones de montaña, el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y á la una de la tarde recorrió las calles á caballo, seguido de un gran número de pueblo que le pedia armas para combatir.

La guarnicion norte-americana que, como he dicho, ocupaba el barrio de San José y los cerros de Guadalupe y de Loreto, se preparó á luchar hasta recibir auxilios del general Scott.

El dia 25 estableció Santa-Anna su cuartel general en el Cármen; y dirigió una intimacion al coronel Childs, para que se rindiese á discrecion con toda su fuerza en el término de veinticuatro horas, pues de no hacerlo así se veria en la dura necesidad de destruirle. El coronel Childs, despues de haber expirado el plazo, contestó que

estaba resuelto á morir antes que rendirse; y en consecuencia, las hostilidades que se habian suspendido hacia cuarenta y ocho horas, volvieron á romperse entre sitiadores y sitiados. Las fuerzas reunidas en Puebla en aquellos instantes, que se encontraban á las órdenes del general Santa-Anna, se componian de dos mil hombres de infantería y otros dos mil de caballería. Con este número de gente, fácil parecia hacer rendir á los sitiados; y así hubiera sucedido si el general Santa-Anna, como tenia buena intencion y actividad, hubiera tenido un plan acertado para conseguirlo. Pero nada de esto hubo: las operaciones se redujeron á ligeras escaramuzas sin importancia, y los sitiados se envalentonaron á la vez que las tropas sitiadoras iban perdiendo la fé en el triunfo que juzgaron seguro. El coronel Childs, con el fin de hacerse de víveres, dispuso el dia 28 una corta columna que penetrase en las calles céntricas de la ciudad. La fuerza norte-americana avanzó para conseguir el objeto propuesto; pero fué rechazada por la infantería del general Rea y obligada á retirarse en desórden al sitio de donde habia salido. Este hecho, aunque de poca importancia, pero el de mas consideracion durante el sitio, llenó de entusiasmo al pueblo que, victoreando á la república mejicana, así como á los generales Rea y Santa-Anna, se dirigió al Cármen, y solicitó que le permitiesen llevar los cañones de montaña situados en la plazuela, para batir con ellos á los invasores. Santa-Anna accedió al deseo del pueblo, y pocos instantes despues se colocaba una pieza de á cuatro, conducida por el animado paisanaje, por el rumbo de Santa Rosa, enfrente á otra de doble calibre que los nor-

te-americanos tenian situada á cosa de trescientas varas. A los primeros tiros de cañon disparados por los invasores, la pieza mejicana se vió desmontada quedando hecha pedazos la rueda izquierda. No desalentó este desgraciado incidente á los mejicanos, y el oficial que mandaba el cañon se disponia á arreglarlo para seguir haciendo fuego con él, cuando recibió orden del comandante del punto para que desistiese de su intento. El dia 30 hizo el general Santa-Anna que se situase una pieza de á seis por el rumbo del barrio del Alto, en un sitio dominante, sostenida por una fuerza de veinte hombres de la compañía de Huachinango. Esta medida, que era acertada, hacia esperar buenos resultados, y nadie dudaba que con el auxilio de las tropas del general Reyes que se encontraban en camino para Puebla, y con la buena artillería que llevaba, los sitiados se verian precisados á rendirse á discrecion.

1847. En la capital de Méjico corrian, entre los mejicanos, las noticias mas lisonjeras respecto de las ventajas que Santa-Anna habia alcanzado sobre los invasores, y todos esperaban de un momento á otro la fausta nueva de la rendicion de Childs. Pero aquellas lisonjeras esperanzas se desvanecieron como otras muchas anteriores. El general Santa-Anna, al tener noticia de que un convoy con víveres, custodiado por una corta fuerza, á las órdenes del general norte-americano Lane, se acercaba á Puebla, levantó el dia 1.º de Octubre el sitio de esta ciudad, y se dirigió con su division con rumbo al Pinal, con objeto de batir á los invasores y apoderarse del convoy. Las fuerzas que llevaba el general Santa-Anna, segun se vió en Amozoc, donde se reunieron todas para

seguir la marcha hasta Nopalucan, eran dos mil hombres de infantería, igual número de caballería, y seis cañones de montaña. Al llegar á Nopalucan, se pasó revista el día 3 de Octubre á las tropas, y se vió que en la marcha habían desertado cosa de mil infantes de la guardia nacional de Puebla y no pocos soldados de línea. Esta escandalosa desercion hizo comprender al general Santa-Anna la poca fé que los que le habían seguido hasta allí tenían en sus disposiciones militares; y temiendo que el desbandamiento continuase, ordenó que la infantería volviese para Puebla, que las seis piezas de artillería fuesen escoltadas á Oajaca por un escuadron del Estado del mismo nombre, y él, con cosa de dos mil soldados de caballería, que le quedaban, dispuso continuar hasta Huamantla. Ya se habían puesto en marcha los cuerpos de infantería, y ya la artillería se encontraba en San Andrés Chalchicomula, cuando ésta volvió á recibir otra orden para que se volviese á Nopalucan con el escuadron del Estado de Oajaca que la escoltaba. Dos dias habían transcurrido para que la expresada fuerza se encontrase de regreso en Nopalucan. La desercion entre tanto había seguido no solo entre los soldados, sino tambien entre los oficiales, y la fuerza total quedó reducida á poco mas de mil dragones.

El día 8 se encontraba Santa-Anna al frente de sus soldados en Huamantla; y al saber que el convoy norteamericano había cambiado de rumbo para pasar por el Pinal dejando á un lado á Huamantla, dispuso que la artillería y las municiones quedasen en el pueblo con la dotacion precisa de artilleros, y él, con la caballería, sa-

lió de la poblacion con el intento de atacar por la retaguardia el convoy al verificar su tránsito por el Pinal. Pero las cosas pasaron de muy distinta manera. A las dos horas de haber salido Santa-Anna de Huamantla, se presentó en este pueblo un paisano, diciendo á los oficiales de artillería, que los invasores se dirigian á toda prisa hácia la poblacion para apoderarse de los cañones. Cerciorados los oficiales de artillería Segura y Gil de la verdad del aviso, mandaron disponer todos los trenes, bien para evacuar la poblacion, ó bien para resistir al enemigo todo el tiempo que se pudiese, con el fin de salvar algunas piezas. Pero en los momentos en que esta orden se comunicaba, los norte-americanos penetraban en la poblacion, y solo tuvieron tiempo los mejicanos para reunir el muy preciso número de artilleros para servir los cañones. El capitán de artillería D. Febronio Quijano situó una pieza en la boca-calle por donde avanzaban los invasores, y haciendo sobre ellos fuego, detuvo un instante su marcha, dando lugar á que se salvaran cuatro piezas durante aquella detencion de los norte-americanos. No pudo alcanzar igual fortuna el cañon dirigido por el expresado capitán Quijano, pues arrojándose sobre él los invasores cuando hizo sus últimos disparos y habían muerto dos de los artilleros, se apoderaron de él, así como de un obús de campaña que fué el último que salia de la poblacion y que alcanzaron muy pronto. El capitán Quijano, al ver muertos á los artilleros que le obedecian, se fué á incorporar con la corta fuerza que llevaba las cuatro piezas salvadas. Los norte-americanos, al entrar en Huamantla, ocuparon las dos iglesias y los principales

edificios, y se entregaron, como tenian de costumbre, al saqueo y al pillaje, siguiendo á la ocupacion de la poblacion, toda clase de desórdenes y de escándalos.

1847. Al tener noticia el general Santa-Anna, que se habia situado ya en punto conveniente para atacar al convoy en el Pinal, que los norte-americanos se dirigian á ocupar Huamantla, envió al capitán D. Eulalio Villaseñor con treinta y cinco hombres á proteger á la artillería, en tanto que él se disponia á seguirle con el resto de la division. El capitán Villaseñor llegó con su corta fuerza de caballería á Huamantla, cuando ya los invasores eran dueños de la poblacion, y en los instantes en que estaban entregados al saqueo y al desorden. El valiente oficial mejicano dividió entonces en dos trozos su gente, y penetró hasta la plaza, lanceando á cuanto soldado norte-americano encontraba en las calles á su paso. Despues de haber causado la muerte de mas de cincuenta invasores, entre ellos un oficial, y de haber herido gravemente al temible capitán tejano Walker, que habia sido con su guerrilla el azote y el espanto en el camino de Veracruz, se retiró á dar parte al general Santa-Anna del resultado de su comision, habiendo perdido tres soldados, que quedaron muertos en la desigual refriega.

Los norte-americanos, bien porque temiesen la aproximacion de Santa-Anna, bien porque les importase seguir su marcha con el convoy, salieron de Huamantla al oscurecer, en cuya poblacion entró el general Santa-Anna en la mañana del siguiente dia 10. Habiéndose presentado en el mismo dia una corta fuerza invasora en

las cercanías de Huamantla, el general mejicano Stáboli la atacó con su caballería, y habiéndoles hecho varios muertos y cosa de veinte prisioneros, regresó con éstos á la poblacion presentándolos al general Santa-Anna. El heróico comportamiento del capitán D. Eulalio Villaseñor fué elogiado por todos; y la legislatura de Puebla dispuso regalarle por aquel hecho brillante, una lanza de oro en testimonio de admiracion y de reconocimiento.

Esta jornada fué bastante costosa para los norte-americanos; pero no fué menos sensible para Méjico y para el general Santa-Anna. Las fuerzas con que éste habia sitiado poco antes Puebla, habian desaparecido casi en su totalidad, y no quedaba de ellas mas que insignificantes partidas desmoralizadas y sin orden. El general Lane entró con su convoy en Puebla sin ser molestado, y su desenfrenada soldadesca, compuesta de voluntarios, se esparció por la ciudad robando, matando y cometiendo toda clase de desórdenes.

El coronel Childs que, como hemos visto, habia resistido el sitio, si sitio puede llamarse á lo que sufrió Puebla por el general Santa-Anna, dirigió un parte pomposísimo de la defensa que habia hecho de la plaza. En aquel parte encarecia de tal manera los esfuerzos de los sitiadores y el valor y constancia de los sitiados por espacio de veintiocho dias, que cualquiera al leerlo creeria que se habian dado terribles asaltos y combates sangrientos, cuando, como dejo consignado, no hubo otra cosa que ligeras escaramuzas de insignificante importancia. Pero los norte-americanos eran sumamente aficionados á dar partes pomposos, con el objeto sin duda de presen-